

NOTAS DE PARIS

Un reino colonial en el Pacífico

Nelson A. Vallejo G.

Cuando se mira lentamente el mapa de Oceanía se cree ver allí el rompecabezas de un juego imperialista cuyas piezas tienen el color de EE.UU., Francia e Inglaterra. Por no decir que esa parte del mundo, como otras tantas de un polo al otro, está en las manos de tres potencias que ponen su gobierno todo poderoso sobre hombres distintos étnicamente a los gobernantes de esas potencias. Esta diferencia étnica no es despreciable. Todo sociólogo sabe que un pueblo no permite ser gobernado por extranjeros, pues un tal gobierno sólo recuerda una antigua colonización con sangre y con violencia.

Una de esas islas de Oceanía, **Nueva Caledonia**, es hoy el centro del debate político en la Asamblea Nacional Francesa; pues una vieja herida, hecha en 1853 por Napoleón III en dicha tierra, se abre a los ojos de la opinión pública internacional: la colonia penitenciaria de Francia en el Pacífico: Nueva Caledonia.

En efecto, dicha isla fue a partir de 1853 el lugar de exilio de bribones de la Comuna de París; así, hombres de almas no muy virtuosos empezaron por colonizar la isla, maltratar los nativos y en el mejor de los casos, convertirlos en esclavos.

En 1895, el gobernador de la isla, Feillet,

—elegido como es de suponer, entre los mismos franceses que habitaban la isla y teniendo en cuenta sus propios intereses antes de preguntarse por los de los nativos y verdaderos habitantes de la isla: los indios—, empezó una política de libre colonización. Su objetivo era el de convertir la Nueva Caledonia en la "Francia-austral". Este proceso sociopolítico separó para siempre los bandos que hoy en día se enfrentan por la independencia de la isla: los nativos y los franceses. Los primeros se oponen a la política imperialista de París en la isla y los segundos instigan dicha política.

El interés para Francia en Nueva Caledonia es sobre todo estratégico. En segundo lugar es el de la extensión de la cultura francesa en el Pacífico. El primero lo confirma el papel de portavión que la isla jugó durante la Segunda Guerra Mundial. El segundo se manifiesta en los discursos de los políticos franceses cuando proponen por Nueva Caledonia, proyectos culturales de gran importancia. A los nativos de la isla les importa un pepino dichos proyectos que tratan de pura ideología colonialista. Los indios viven de una agricultura independiente y guardan sus costumbres ancestrales que se jerarquizan en clanes. Cada clan recuerda con claridad el lugar donde están sepultados sus ancestros y considera que esa tierra les pertenece, así ella esté ocupada hoy en día por

franceses. Ese recuerdo ancestral, coloreado con una filosofía de la vida en donde la noción de tiempo lineal no existe, alimenta en los espíritus de los nativos la idea de que, cualquiera que sea la legalidad de los títulos de propiedad de los europeos sobre la isla, ellos recuperarán un día, "El Gran Día", la "Tierra de los Ancestros".

El gobierno francés se encuentra hoy en día frente a una situación delicada. Situación que se agrava de más en más produciendo ya víctimas; y víctimas inocentes! La Nueva Caledonia se encuentra, por su parte, en un estado de sitio inquietante donde los colores de la guerra civil comienzan a pintarse. La alternativa del gobierno francés es: dejar la isla en manos de los nativos o continuar su mandato colonial allí. La decisión no es fácil ya que, como es de suponer, intereses económicos y políticos de gran amplitud están en juego. De otro lado, hay el problema moral de la colonización: la explotación de hombres por otros hombres. Destrucción de la dignidad humana. Como permitirse esta nube gris en su cielo socialista un país en donde se engendraron los Derechos Humanos y en donde la palabra **libertad** hace estremecer y casi llorar? A veces el equilibrio entre intereses materiales y valores morales es difícil de hacer sin caer en el extremo de la guerra o de la muerte, de la tiranía o del ensueño idealista.